

## **Pestilencia efímera**

Sus dientes castañeaban por el frío que generaba la llovizna permanente que le impedía mantenerse seco. Su andar se debilitaba al hundirse en el espeso barro pegado a sus cotizas cada vez que intentaba avanzar. Era un largo invierno y no había esperanza de que cesara pronto.

Chucho trataba de apresurar la marcha para llegar al rancho antes de que anocheciera; éste era tan solo un remedo de casa por lo desvencijado y agrietado en su techumbre y porque cada noche los pilares comidos por el comején se quejaban de cansancio. Venía de la chagra, allí trataba de salvar de la inundación el cultivo de piña, única fuente de sustento para su familia. En el rancho estaría su mujer con los ojos cansados de mirar el camino, apartando, entre cabeceos, los fantasmas de su enfermedad.

En su deshilachada mochila llevaba uno de los frutos de su cultivo y una panela que había logrado intercambiar con un vecino del lugar, poca recompensa para tan arduas horas de azadón, esfuerzo y perseverancia.

Al llegar a la vivienda su mujer lo esperaba; yacía en una banca ubicada en el espacio que servía de comedor, pero que no la protegía de aquella brisa húmeda, ya que era un zaguán sin pared, cubierto por un oxidado techo de zinc que lloraba, sin descanso, gotas de lluvia.

El encuentro, como todos los días, fue con un beso cálido; ese acto, aunque corto y repetitivo les hacía olvidar, por unos instantes, cualquier sufrimiento. En el fogón de leña, que su mujer trataba de mantener ardiendo hasta la hora de su llegada, preparó algo para los dos. A pesar de las circunstancias su hogar seguía siendo un refugio para él.

La condición de Alicia no mejoraba; empeoraba cada día más. De nada sirvieron los brebajes y jarabes hechos por el marido, con plantas medicinales que encontraba en la región. En aquel lugar inhóspito, un caserío en medio del monte, no había médico ni curandero que la tratase. Lo que en un principio fue una afectación en el estado de ánimo de la mujer, con los días se fue convirtiendo en malestares físicos que no revertían.

Con el pasar de los días se hacían más frecuentes escalofríos, vómitos y dolores de cabeza, que le dificultaban levantarse de la cama. Lo único que la animó un poco, fue una sopa preparada por su esposo con un pedazo de carne que había logrado conseguir a cambio de unas cuantas piñas; agregó algo de plátano y yuca que recogió en el camino de regreso.

En las noches, el hombre no lograba dormir pensando que al morir su mujer él se ahorcaría, pero luego lo dudaba, recordaba a sus hijos, cambiaba de parecer y soñaba con la recuperación de Alicia y la mejora del cultivo.

Chucho recuerda aquella tarde fatídica, cuando al regresar de la chagra la encontró empapada de sudor, con el rostro retorcido, el cuerpo arqueado, los brazos extendidos en señal de ayuda. Se lamentó de no haber estado a su lado en los momentos de agonía.

Trató de conservar a su mujer, o lo que quedaba de ella, a su lado; sin importar la pestilencia de sus restos, ni el mar de moscas que rondaban la casa y sobre todo su habitación. Descansaba sobre la cama junto a ella, narrándole historias de su niñez y sus travesías cuando cazaba lapas y perros de monte en sus años de juventud.

A media mañana ubicaba el cuerpo en la banca, en el espacio del comedor, luego de lograr con mucho esfuerzo doblarle las piernas para poder sentarla y se acurrucaba junto a ella para seguir conversando. Le comentaba de sus dudas cuando se fueron a vivir juntos, del temor que lo rechazara por la diferencia de la edad. Le pedía perdón por no haber retenido a los hijos perdidos. Preparaba algo de comer y la pequeña ración la repartía entre el plato de ella y el suyo, como de costumbre. Reía, lloraba o simplemente permanecía en silencio contemplando aquel despojo.

A los diez días del deceso, con unos harapos limpió sutilmente - para no desprender la delicada tela que anteriormente fuera la piel-, el líquido verdoso que la cubría y que manchaba el catre y el piso de tierra. Le apretó en la mano inerte, la pequeña muñeca de trapo que le había regalado en el cumpleaños número trece, cuando empezó a cortejarla, y, a manera de mortaja, la envolvió en una sábana de un blanco amarillento, la más nueva que tenían.

Desde ese día se prometió salvar el cultivo y no dejarse vencer por el sufrimiento ya que la única esperanza de vida albergada en su espíritu era el regreso de sus dos jóvenes hijos, esos, sus hijos queridos, que una tarde salieron a montar y nunca más regresaron. De eso ya han transcurrido dos años y fue la causa del deterioro de su mujer

Bloqueó con maderos la entrada al espacio donde se encontraba la cama para evitar que los carroñeros se dieran un convite y se condujo al cultivo donde permaneció durante más de una semana sin regresar al rancho. Allí continuaba hablándole a la mujer. Su rostro había envejecido poco más o menos diez años; la piel más amarillenta de lo normal; su andar flemático; y la ropa colgando a su cuerpo, lo evidenciaban.

De regreso al rancho recordaba los años de crianza de sus dos vástagos, le parecía verlos, aún pequeños, y en medio de risas, correr por esos campos. Al llegar a su morada, antes del anochecer, encontró el fogón con brasas aún vivas, su mujer no había dejado que se apagasen e incluso le tenía servido un plato de sopa de vísceras que tanto le gustaba. Comió con el mayor de los gustos.

Quitó los maderos de la entrada a la habitación y se acomodó junto al cadáver; tomó una de sus manos por encima de la sábana pegachenta que la envolvía y mientras se sumergía en sus sueños sintió un leve apretón en su mano.

¡Ay!, hombre, ¿cuál será tu destino y el de tu mujer, en aquel territorio sumergido en el olvido? ¿Será la sorpresa del regreso de los hijos?, ¿Será el festín para los carroñeros ávidos de podredumbre, para quienes el mejor pedazo para su satisfacción serán tus pies putrefactos que penden de tu cuerpo colgado de una viga junto a tu mujer?

Ojalá el rancho no los sepulte, ayudado por la lluvia y la ventisca, porque lo que no se ve, no existe... Pero, solamente el tiempo lo dispondrá. Y este es bastante corto.